

JOSE DURAND (1925-1990)

POR

LUIS MONGUIO

University of California, Berkeley, Emeritus

José Durand, Profesor de Español en la Universidad de California, Berkeley, falleció en Lima, Perú, el 1º de julio de 1990, a los sesenta y cuatro años de edad. Había nacido en la misma Lima el 22 de diciembre de 1925.

Era José Durand Flores limeño de cepa, de distinguida familia, y contaba entre sus antepasados un firmante del Acta de la Independencia del Perú en 1821 y un conocido caudillo político civil. Recibió Pepe su educación primaria y secundaria en su ciudad natal salvo por un breve período en el que hubo de estudiar en Barcelona pues habiendo sido su padre desterrado la familia Durand residió ese tiempo en España. Más tarde, en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, de Lima, se licenció en Letras (1942) y tras otros cursos en ella con Mariano Iberico y Francisco Miró Quesada, y varios años en México, a San Marcos volvió para doctorarse en Filosofía (1949).

Para su orientación académica los años mexicanos fueron fundamentales. En El Colegio de México estudió con Alfonso Reyes, José Gaos, Agustín Millares Carlo, Amado Alonso, Raimundo Lida. Fueron entonces sus compañeros Margit Frenk, Ernesto Mejía Sánchez, Antonio Alatorre, todos ellos —como el mismo Durand— destinados a ser estrellas de primera magnitud en los estudios hispánicos. Raimundo Lida le asignó a Pepe la lectura de los *Diálogos de Amor*, de León Hebreo, en la espléndida traducción castellana de Garcilaso de la Vega. Desde entonces estuvo Durand bajo el hechizo del Inca.

Un vistazo a su bibliografía nos lo revela: A partir de 1948 le dedicó más de cuarenta trabajos que por su erudición y su precisión (“Yo no hablo ni escribo sino con los textos y los documentos en la mano”, solía decir) hicieron de él, desde la muerte de Raúl Porras Barrenechea, el más destacado y activo de los garcilasistas y le aseguraron una reputación internacional. Fue Durand, en efecto, quien reconstruyó la biblioteca del Inca, los libros que éste había leído en las ediciones que empleara Garcilaso; él quien, con profundo conocimiento de los humanistas italianos, franceses y españoles de la época, reconstruyó el ambiente cultural en el que el Inca se movía; él quien, con su estudio de los informantes y amigos de Garcilaso, tanto del Perú como de Montilla y Córdoba, completó el

conocimiento de ciertas fuentes de sus escritos y el proceso de su redacción; él fue quien pudo así analizar no sólo fuentes, temas, tópicos y pasajes de la obra sino el espíritu mismo del autor, basándose no en fantaseosas elucubraciones sino en los textos y los documentos, la literatura y la historia. La pulcritud de su propio estilo hace además que esos estudios sean espléndidos ejemplos de la elegancia que nace de un claro saber y un lúcido pensar.

Fue en México también donde comenzó la carrera docente de José Durand, en el Mexico City College y en la Universidad Nacional Autónoma (1949-1952). Luego, en Lima, fue profesor (a veces simultáneamente) en la Escuela Normal Central, en San Marcos y en la Universidad Católica (1953-1961). De allí pasó a Francia, de profesor visitante en las Facultades de Letras de las Universidades de Aix-en-Provence primero y de Toulouse después (1961-1967). Hubiera podido quedarse en aquel país de profesor permanente si hubiera solicitado la ciudadanía francesa, lo que por patriotismo peruano se resistió a hacer. Cuando le fue ofrecido un puesto de *full professor* en la Universidad de Michigan, hizo puente entre el final de su contrato en Toulouse y el comienzo del año académico 1968-69 en Ann Arbor, viniendo de profesor visitante a Berkeley el semestre de primavera del sesenta y ocho. En Michigan estuvo desde el otoño de ese año hasta 1975, fecha en la que se trasladó a la Universidad de California. Durante sus años en Francia había representado al Perú en varias Conferencias Generales de la UNESCO y fue también, durante un bienio, Delegado peruano en el Consejo Ejecutivo de la misma organización internacional. No voy a detallar, por demasiado numerosas, sus estancias de profesor visitante en diversas universidades aunque incluyeron nombramientos tan prestigiosos como una "*Visiting Kenan professorship*" en Chapel Hill, sus múltiples conferencias, su organización de coloquios y simposios, o los honores que recibió, entre ellos becas del *Centre National pour la Recherche Scientifique* y de la Fundación Guggenheim.

No fueron sólo sus estudios sobre el Inca Garcilaso los que le ganaron esa reputación y ese reconocimiento internacionales: Publicó asimismo notables trabajos sobre la transformación social del conquistador, sobre Gómara, sobre Ercilla, sobre Oña, sobre Sor Juana Inés de la Cruz, sobre historia de las ideas y de la cultura en las Indias y en la España de los siglos áureos. Recientemente había descubierto series completas de un importantísimo papel periódico del virreinato, la *Gazeta de Lima*, de la que hasta los hallazgos de Durand sólo conocíamos unos cuantos ejemplares de la *John Carter Brown Library* y de las bibliotecas particulares de Ella Dunbar Temple y Raúl Porras Barrenechea. Durand publicó en Lima, con precisas introducciones y en tres volúmenes, las gacetas de los años 1756-62, 1762-65 y 1793-94, gran servicio a la historia. A su muerte dejó listas para la imprenta las de varios años más y a la vez se ocupaba en organizar un volumen de detallado estudio del periódico. Ojalá que, no obstante la crisis económica del Perú, se complete la publicación de tan importante labor. Dio a luz también otros trabajos sobre materias varias de los siglos XVIII y XIX así como tampoco dejó de considerar a escritores

contemporáneos nuestros: Miguel Angel Asturias, Julio Cortázar, Octavio Paz, Augusto Monterroso, José Emilio Pacheco. Ni que decir tiene que fue autor de frecuentes reseñas en revistas profesionales y que, muy dentro de la tradición hispánica, dedicó su erudita pluma a medulares ensayos para el público general en los suplementos literarios de diversos periódicos peruanos y mexicanos.

La seguridad bibliográfica de José Durand iba hermanada a su pasión bibliofílica. La colección de obras de los siglos XVI y XVII, sobre todo españolas e italianas, en su biblioteca particular, acompañadas de numerosas rarezas de los siglos XVIII y XIX, son las delicias, y la envidia, de cualquier estudioso. Visitar con Pepe una librería anticuaria o una buena biblioteca en venta era una lección en bibliofilia. Curiosear junto a él en una tienda de libros viejos era observar el arte de descubrir, entre montañas de morralla, el peculiar legajo, el pliego de cordel, el folleto o el libro raros.

Otra pasión de Durand era la música, clásica o moderna —sinfonía, ópera o ballet— y, a la par, la folklórica peruana —marinera, vals criollo, resbalosa, gato Tiempo hubo en que pensó dedicarse a la crítica musical y entre sus primeros escritos figuran varios artículos de musicología y los guiones de un par de ballets. De años recientes nos quedan varios “videos” de conciertos que él organizó en Lima, para la difusión de la música y el canto criollos y afro-peruanos. Yo no olvidaré una noche cuando en la casa de unos amigos suyos un anciano cantor negro me cantó romances del ciclo de los Doce Pares de Francia y aquella joya del “Aprended flores de mí”, pasada del texto gongorino al anonimato en un barrio limeño, ejemplo de la imbricación en la boca del pueblo de la poesía tradicional y la culta. Por eso habrá de ser que José Durand estudió y publicó también no pocos textos de la poesía tradicional y la popular que había rastreado durante años por el Perú, México y la América Central. Vida y literatura, cultura y experiencia vital aunadas en la obra de este omnívoro erudito.

Era, por fin, Durand un escritor creativo de alta excelencia. Su primer libro, *Ocaso de sirenas*, publicado en México en 1950 (reimpreso, muy revisado y acrecentado, en 1983) ofrece una rara mezcla de saber y creatividad. Su autor tomó como punto de partida ciertos pasajes provenientes de cronistas, historiadores y viajeros en Indias referentes a la vaca marina u otros animales análogos que a las veces confundieron con las clásicas sirenas. Las citas antologizadas son en sí mismas piezas deliciosas que oscilan entre la verdad y la fabulación; pero más encantadores son todavía lo que Durand modestamente donominaba sus comentarios sobre esas historias. Léase, por ejemplo, el sabio y divertidísimo capítulo titulado, “El problema canónico del manatí” en el que sabrosamente nos da la nómina de los usos gastronómicos que de esos animales hicieron los conquistadores, señalando luego las dudas que se les ofrecieron de si eran carne o pescado y por ende de si se podían comer o eran prohibidos en los días de abstinencia. Quien lea esas páginas estará de acuerdo con los elogios que *Ocaso de sirenas* mereció de la alta autoridad de Alfonso Reyes: erudición, humorismo, fantasía, poética, deleitable lectura.

Su último libro, *Desvariante* (México, 1987) es el testamento de José Durand como creador, escritor puro. Sólo once relatos, contiene su propia selección entre muchos más que había escrito. La mayoría data de fines de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta. Recuerdo que cuando le conocí en Lima por aquellas calendas me leyó "Gatos bajo la luna" y "Ensalmo del café"; pero sólo hace cinco o seis años decidió que era hora de organizar sus cuentos en un breve libro. Cuánto toque y retoque dio a sus manuscritos hasta el último minuto, hasta la hora misma de corregir pruebas de imprenta, insatisfecho con el ritmo, con la cadencia de una frase, con la ubicación de una palabra, con el tono de un párrafo. Sin embargo, nadie sospecharía al leer los textos impresos tal horaciano trabajo de lima, de consciente esfuerzo crítico por hallar el estilo exactamente apropiado al carácter de cada cuento, porque Durand fue un consumado maestro en el arte de elegir y de descartar, arte esencial en la creación literaria que hace que los textos parezcan ser siempre —sin esfuerzo, con naturalidad— lo que el autor quiso que fueran. Gracias a Dios que le permitió leer, próximo el fin de los días que le tenía otorgados, los unánimes elogios de *Desvariante*, las reseñas que afirman con toda justicia que José Durand debe ser contado entre los mejores cuentistas hispanoamericanos.

Fui su amigo por más de treinta y cinco años y lloro su muerte como una pérdida personal a la vez que como una pérdida para nuestra literatura, la Universidad y nuestros estudios. La noche anterior a su salida para Lima, en lo que había de ser su último viaje al Perú, me llamó por teléfono (debido a su mala vista Pepe era mucho más "telefónico" que epistolar) y quiero recordar siempre esa última vez que oí en su voz el entusiasmo por los varios trabajos que traía entre manos, la energía intelectual sazónada por la gracia de su ingenio; y quiero recordarlo no sólo como escritor, universitario, intelectual sino como toda la persona que era. Pepe amaba la vida, la conversación, la buena cocina; gozaba tanto tocando "cajón" en una farra como escuchando una sinfonía en la sala de conciertos; estaba tan cómodo entre menestrales como en la más elegante sociedad; era un padre amantísimo; era, en fin, ese ser tan raro en nuestros días, un hombre completo.

Así he querido recordarlo también aquí, porque así era, aunque en una revista profesional naturalmente he debido poner de relieve al erudito, al catedrático. Y es cierto que como uno y otro fue Durand ejemplar: generoso de su saber, de su extraordinaria biblioteca y de su cordialidad con colegas y estudiantes; impaciente sólo con la pereza intelectual o la mediocridad aupada. Exigente con los demás lo era sobre todo consigo mismo. La labor de Durand sobre cultura y letras hispánicas con su precisión bibliográfica, biográfica e histórica, con su exacto conocimiento de textos y contextos, con su penetrante discernimiento crítico, hace de él un paradigma contra el cual los hispanistas debiéramos, en el fondo de nuestras conciencias, medir la calidad y el valor de nuestros propios conatos y trabajos. Quizás ésta sea la más importante lección que José Durand nos lega con su memoria.